

QUEVEDO DESDE SUS ANGULOS DE CONTRADICCION

Cuestión inesquivable, al referirse a la vida y a la obra de don Francisco, es la relativa a sus contradicciones, asunto que, según sienta Sobejano, basta para abrir de par en par las ventanas del Quevedo hombre¹. Muy cierto: las contradicciones son consustanciales al hombre Quevedo, pero también al Quevedo escritor, pues resulta inconcebible que se desvincule su persona de su actividad literaria.

Sobre estas contradicciones se ha especulado bastante, pero, a mi juicio, de modo harto genérico y arbitrario, sin trazar los deslindes precisos entre las vertientes diferenciadas de esas contradicciones. Los estudiosos buscan una clave capaz de servir como explicación del Quevedo contradictorio, y, sin embargo, puede precisarse de varias claves, a tenor de los distintos ámbitos de contradictoriedad ofrecidos: las aparentemente alejadas páginas satíricas y sermoneadoras las aúna la dimensión moral; el desacompasamiento entre el existir concreto y los contenidos de los más de sus papeles sólo se entiende desde esa raíz moralista, y las contradicciones generadas por y entre los razonamientos mismos ayuda a aclararlas la perspectiva sofística. Así, pues, en los epígrafes que siguen se procederá al repaso individualizado de los supuestos de esa tripartición, que estimo imprescindible para acercarse un poco más, y quizá mejor, a la figura de Quevedo.

ENTRE MORALIDAD Y PICARDÍA

La disconformidad, de orden puramente externo, entre las facetas quevedianas de severo y a la vez desenfadado autor de escritos ascéticos y apicarados, se resuelve en el hondón de la moral: desde el siglo XVII hasta el presente se ha contemplado a don Francisco, ante todo, como moralista, de suerte que aun las más separadas de sus vertientes revelarían arpegios de su numen moralizador. Empero, frente a esa tesis

¹ Cfr. «Prólogo» a *Francisco de Quevedo*, Ed. Taurus (Madrid, 1978). Col. El escritor y la crítica, núm. 108 (edición de Gonzalo Sobejano), pág. 9.

se ha esgrimido y se sigue esgrimiendo la opinión de que hay obras de Quevedo punto menos que inconciliables, y bajo esta óptica la moral y la picardía traducen dos «almas» sin vasos confluyentes. Agustín González de Amezúa se extrañó del maridaje de esos complementarios en el espíritu quevediano:

«A no ser patente en unas (las obras picarescas) y otras (las morales) la paternidad quevediana, ¿quién hubiera podido siquiera sospechar que el tétrico autor de *La cuna y la sepultura*, una de las obras más lobregas, pudiera ser el mismo del *Baile de las cosquillas*...?»²

No falta quien, saltando más allá, sostiene la creencia de la amoralidad de libros picarescos, como el *Buscón*³, y tampoco falta quien se inclina por pareceres convergentes: Carlos Alberto Montaner, en su breve ensayo titulado *Los sueños o la agonía de Quevedo*, dice:

«De ahí que Quevedo sea *exclusivamente* (el subrayado es nuestro) el de los *Sueños*, el del *Buscón* y las poesías satíricas, el Quevedo de *Política de Dios* no es Quevedo de la misma manera que Góngora—otro ejemplo claro—es el del *Polifemo* y no otro»⁴.

Desconjugar los talentos moral y satírico de Quevedo implica una imponente omisión de las lecciones culturales del pasado. De entre las ilustraciones antiguas que pudieran invocarse en abono de este aserto, interesa que no caiga en saco roto la bipolaridad de Séneca, autor de una de las sátiras más encarnizadas de toda la literatura romana, la *Apocoloquintosis* o «apología» ridiculizadora del emperador Claudio. Asimismo interesa no posponer el ligamen que se da entre sátira y predicación, acerca de cuyos vínculos ha precisado Carmen Castillo que «el predicador es, en la terminología del mismo Jerónimo, un *satyricus scriptor in prosa* que se distingue y al mismo tiempo enlaza con el *satyrici carminis scriptor*»⁵.

Desde luego, demostró Pedro Alderete tanta incompetencia en su edición de poemas de Quevedo como perspicacia para extraer las coordenadas esenciales de los escritos de su ilustre pariente, pues en la dedicatoria de las *Tres últimas musas* a don Pascual de Aragón señalaba que «todas las obras de don Francisco de Quevedo, mi tío, así en verso como en prosa, sacras, serias y burlescas, se dirigen a la reformación

² GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín: «Las almas de Quevedo», *Boletín de la Real Academia Española*, XXV (1946), págs. 251-98 (Discurso leído ante la Academia). Reproducido en su libro *Opúsculos histórico-literarios* (Madrid, 1951), pág. 17.

³ DEL RÍO, Angel: *Historia de la literatura española* (New York, 1948), I, pág. 348.

⁴ MONTANER, Carlos Alberto: *Galdós humorista y otros ensayos*, Edicionesc Partenón (Madrid, 1969), págs. 31-2.

⁵ CASTILLO, Carmen: «Tópicos de la sátira romana», *Cuadernos de Filología clásica*, II (1971), página 162.

de costumbres y contienen alta enseñanza»⁶. No se le escapó, en suma, al sobrino del escritor la comprensión de la base moral que conecta, en las páginas de los grandes moralistas, y en particular en las de Quevedo, las burlas y las veras. Y estrechamente sujetas al anillo de la reforma de las costumbres concebía Schiller la graveza educadora y la sátira correctiva, recuerda Sobejado aludiendo a la poesía satírica y moral quevedianas:

«Schiller mismo, hablando del poeta 'sentimental', distinguía dos posibilidades: o exponer la realidad como objeto de aversión (sátira) o exponer el ideal como objeto de inclinación (elegía). De estas dos modalidades del sentimiento, la despectiva y la nostálgica, Quevedo escoge la una y la otra: la realidad como objeto de aversión le arranca sátiras; el ideal como objeto de nostálgico anhelo le inspira graves enseñanzas y hondas elegías morales»⁷.

Salvo excepciones, en el siglo xx son mayoría los críticos que comparten la tesis de que ascética y sátira pueden casar, y de hecho casan, en idéntico arquitrabado, y en corolario afirman la interdependencia de estos ángulos en Quevedo. Léanse unas palabras *ad hoc* de Julián Juderías:

«Fruto de una misma filosofía de la vida, producto de un mismo temperamento, manifestación de un mismo propósito, son la *Vida del Buscón* y los *Sueños*, los *Comentarios al Libro de Job* y *Cuna y sepultura*, las grotescas *Pragmáticas* y *Las cuatro pestes y las cuatro fantasmas*»⁸.

A este parecer se añadirá pronto la docta y esclarecedora tesis de Herrero García, quien calificó el género picaresco como «un producto pseudo-ascético», una especie de sermón al revés en el que el componente ilustrativo se anticipa al discurso moral, y se ensancha y se expande hasta erigirse en fundamento de la novela, mientras la enseñanza explícita apenas si reviste importancia, cuantitativamente hablando. La moral del *Buscón* se encierra, por tanto, en el decurso narrativo⁹. José Bergamín apoyaría esta pertinente observación, y consideró que *La cuna y la sepultura* y el *Buscón* constituyen dos caras de una misma moneda:

⁶ FRANCISCO DE QUEVEDO: *Obras completas en verso*, M. Aguilar Ed. (Madrid, 1932) (edición de Luis Astrana Marín), pág. 939. En adelante se cita como OC, V.

⁷ Remito al «Prólogo» ya citado en la nota 1, págs. 9-10.

⁸ JUDERÍAS y LOYOT, Julián: *Don Francisco de Quevedo. La época, el hombre, las doctrinas* (Madrid, 1923), 35.

⁹ HERRERO GARCÍA, Miguel: «Nueva interpretación de la novela picaresca», *Revista de Filología española* (1937), pág. 348. Vid. también DUNN, Peter N.: «El individuo y la sociedad en la *Vida del Buscón*», *Bulletin Hispanique*, LII (1950), págs. 377 y ss.

«Y es natural, entonces, que lleven una misma firma este asombroso libro picaresco y el más extraordinario, acaso, de los libritos de ascética estoico-cristiana que tenemos en español: *La cuna y la sepultura* (*cuna y vida; muerte y sepultura*) o *Doctrina para morir*: para morir viviendo, como para vivir muriendo lo es el *Buscón*»¹⁰.

Hoy no resulta ya novedoso atinar en el elemento satírico del Quevedo moral, ni en el elemento moral del Quevedo satírico. Pero quizá sea menos esperable el vislumbre de ascetismo del Quevedo burlesco, del que crea composiciones en que no se acusa moralidad explícita. Ante estos textos se explaya cierta crítica con dimes y diretes que desembocan en un Quevedo sañudo e inmisericorde: cuidado. Quevedo amontonó estilemas esperpénticos sobre criaturas ficticias de su madeja literaria, pero ese azuzamiento era consanguíneo de su imaginismo, y comensal del convite conceptista y barroco. Cuidado todavía: el verdugillo de aquel Caballero de la Cruz en el pecho lo empuña la misma mano automortificadora que se aferra al cilicio. Quevedo no la emprendió tanto contra los demás cuanto contra las fantasmagóricas lucubraciones de su mente. Recuérdese que en el tempranero *Sueño del infierno*, los lectores se las han con un hombre a quien atormentan y desazonan no los demonios, sino esos demonios íntimos de la inteligencia, igual que a don Francisco. Además: el humorismo que las chanzas interponen en sus buidas criaturas lenifica y desautoriza la crudeza de la pulla, que nace extinta por sabotaje abortivo. Quevedo recrea en su magín un mundo sonámbulo y titeresco para convencerse de que siendo por él, no es él. Así, a más repugnancia en el cuadro, más reculante identificación con la tintura.

Casi toda la obra creada por Quevedo cabe, en suma, dentro del parámetro de las moralidades, aunque don Francisco emplease diversos caminos para lograrlas. Los *Sueños* y el *Buscón* moralizan a través de ficciones satíricas. El escritor no se vale ahí de digresiones, sino del fenómeno literario *per se* para transmitir a los lectores el adoctrinamiento. En *La cuna y la sepultura* es donde se dará cita el *corpus* digresivo que sustenta la moral latente de aquellos relatos. Igual puede decirse de los poemas satíricos y burlescos, que expresan la ética que distingue a Quevedo ante sus entornos, cuya inautenticidad devora verbalmente. Vicioso en universalizar los defectos, sienta las bases de su desesperanza en la condición humana: la infamia participa de la sustancia de los hombres, por más que ciertos espantajos concretos la eleven a potencias inusitadas. Apostillas: agriez, desengaño y equilibrio humoral mofándose del universo mundo. Tan paradigmáticamente moralista fue Quevedo, que andando el tiempo parece que le supo a poco

¹⁰ Cfr. «Quevedo», en su libro *Fronteras infernales de la poesía*, Ed. Taurus (Madrid, 1959), página 140.